Ricardo Vicente López

# \_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

# La utopía de un

# mundo mejor

# deseable y posible

# \_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

Una investigación sobre un futuro

diferente y más humano en el cual

el trabajo sea una fiesta

Cuadernos de reflexión:

 *El trabajo humano*

# 1.- Prefiguraciones de los nuevos tiempos

La utopía pertenece al momento de la imaginación, del sueño, de lo

nunca plenamente realizable pero siempre exigente de realización. No es

irracional, sino todo lo contrario. Abre el ámbito de la racionalidad. Sin

utopía no se habrían desarrollado las ciencias ni los proyectos sociales.

#### Rubén Dri

Estamos atravesando un tiempo cargado de incertidumbres. Hacerse cargo de ello no debe suponer una actitud necesariamente desesperanzada, sino un compromiso para pensar intentos de transitar senderos nuevos, tal vez desconocidos hoy, probablemente olvidados, o tal vez un poco de ambas cosas. Ante ello debemos responder con búsquedas que nos posibiliten avizorar, más allá de nuestro horizonte histórico, formas sociales nuevas para resolver tan difícil cuestión. Y en esta actitud no debe faltar el intento de configurar un nuevo paradigma de pensamiento, idóneo para superar el rígido esquema que comenzó a forjarse desde alrededor del siglo XVII en adelante, en Europa y que se consolidó con la Revolución Industrial.

Es el que nos ha llevado, todavía hoy, a pensar el trabajo como “trabajo asalariado”, como la retribución recibida por el empleo de la “fuerza de trabajo”, en el desempeño de una función asignada y pautada dentro del sistema productivo. El modo de la división social del trabajo que comenzó a configurarse con las conquistas coloniales, y se profundizó con la Revolución Industrial, presentó un panorama laboral que asignó a cada puesto de trabajo una función fragmentaria dentro de la totalidad del proceso productivo. Pero esas tareas fueron las menos humanas por ser las menos creativas, por ello, largo tiempo después el robot pudo reemplazar la mano humana y hacerlo con mayor precisión, eficiencia y eficacia: el robot no se cansa, no se embaraza, no se enferma, no se aburre y se autorrepara.

Por esta misma razón no debe interpretarse esta reflexión como una guerra contra la tecnología. Es deseable que esas tareas, como las que implican un riesgo para la salud o la integridad personal, en el sentido más abarcador del término, sean realizadas por robots. El hombre no debería realizar ese tipo de tareas. Pero no se debe olvidar que el robot hoy, dentro del esquema capitalista tiene la función fundamental de competir con el trabajo humano, para desplazarlo de los puestos de trabajo, como fenomenal dispositivo al servicio de la rentabilidad del capital. Sin embargo, no se debe confundir causas: no es el robot el que despide al trabajador, es el dueño de él quien lo hace, en su búsqueda incesante de incrementar su renta.

Pero, al mismo tiempo, dentro de una *sociedad que privilegie lo humano*, el robot nos está anticipando la posibilidad de un tiempo futuro posible. Entonces, cómo no alegrarnos de estar en las puertas de una sociedad que está en condiciones de liberar al hombre del trabajo más rutinario y extenuante. Cómo no agradecer el poder plantear la posibilidad de un mundo de trabajo más creativo y libre.

Cuando digo esto viene a mi mente el trabajo de investigación de Alvin Toffler[[1]](#footnote-2), porque nos advertía en su libro *La tercera ola* (1980), con bastante ingenuidad esperanzada, que eso ya estaba sucediendo. Esta etapa de transformación del trabajo lleva más de cuatro décadas. Es comprensible que no lo hayamos advertido al principio, hoy nos lo encontramos en pleno desarrollo. La sociedad *posindustrial*, la *tercera ola* en sus palabras, como una prefiguración de una sociedad futura pero alcanzable, se mostraba así:

El trabajo se va haciendo menos repetitivo, no más. Se hace menos fragmentado, y en él cada persona realiza una tarea un poco más grande... El horario flexible y la fijación del propio ritmo sustituyen la antigua necesidad de sincronización colectiva del comportamiento. Los trabajadores se ven obligados a habérselas con cambios más frecuentes en sus tareas, así como una cegadora sucesión de traslados de personal, cambios de productos y reorganizaciones... (se) necesitan cada vez más hombres y mujeres que acepten la responsabilidad, que comprendan cómo engrana su trabajo con el de los demás, que puedan hacerse cargo de tareas mayores, que se adapten con rapidez a nuevas circunstancias y que estén sensitivamente sintonizados con las personas que les rodean.

No olvidemos que está hablando desde los EEUU y para el mundo noratlántico, pero nos ayuda a pensar cuánto de eso estamos comenzando a ver. La descripción de ese proceso nos debe hacer pensar en recuperar aquellos aspectos que caminan a favor de un *trabajo más libre*. El problema que se nos presenta es que, para ello, se necesita abandonar como única posibilidad el paradigma del *trabajo asalariado* dentro del *proceso productivo regulado por la renta del capital*. No debe pasarse por alto que Toffler no mencione en ningún momento el sistema capitalista, lo cual torna un tanto romántico e ingenuo su planteo. Además, mirando desde hoy los resultados de su idílico mundo, con las consecuencias de la financiarización de la economía globalizada, acompañada por las imposiciones del Consenso de Washington, sus predicciones deben ser revisadas, aunque no totalmente desechadas.

Desde nuestras tierras puede ser muy útil colocarnos en esa dimensión utópica de pensamiento para que nos sugiera caminos posibles de avance hacia un futuro mejor. Debemos pasar a un paradigma del trabajo como expresión de la obra creadora del hombre, para poder liberar nuestro pensamiento de los estrechos moldes en los que lo colocó el paradigma industrialista. Esto lo lleva a Jorge Seibold[[2]](#footnote-3) a decir que, mirado desde esa óptica:

No es una crisis del trabajo propiamente dicho, sino de una modalidad del trabajo como es el trabajo o empleo asalariado. Aquí se descubre una nueva posibilidad civilizatoria de recrear una nueva forma de trabajo, más personal, más creativa. El trabajo de ahora en adelante será precario, flexible, temporal y dependerá en gran medida de la preparación cognitiva, práctica y gestionaria del propio trabajador.

Estas palabras le resultarán escalofriantes al hombre del viejo paradigma. Hablan de precariedad, de flexibilidad, pero ello no debe ser pensado dentro del actual sistema económico-social. Palabras parecidas a las de Toffler pero que propone ser pensadas dentro de un esquema posible de una sociedad más humana. Todavía estamos en una situación que no nos ha permitido tomar debida nota de los cambios producidos y, por lo tanto, se nos dificulta el replanteo del esquema de las relaciones sociales y laborales.

Este esquema actual, debe quedar claro, sólo sirve para los *depredadores económicos*, que aprovechan las ventajas de la sobreoferta de mano de obra como resultado del reemplazo del hombre por el robot. Así, estas nuevas posibilidades se presentan en contra de los trabajadores. Estos *depredadores* han comprendido las ventajas que la nueva estructuración laboral les ofrece, la han usado para aumentar sus utilidades. Han generado, de este modo, una rentabilidad insospechada para otras épocas, utilidades que no distribuyen.

La utilización del concepto *flexibilización* delas condiciones de trabajo hoy no es más que la máscara que encubre la pérdida de las conquistas laborales. Sólo la reflexión compartida, debatida, renovada y repetida, permitirá tomar conciencia de las *nuevas cosas* sociales, e imponer a los dirigentes políticos asumir ese debate, para llevarlo a los lugares de decisión. De allí podrá obtenerse una legislación acorde con las nuevas relaciones laborales que han producido las tecnologías de la revolución informática. Desde la concepción de la posibilidad de un nuevo contexto político-ideológico, la cita de Seibold, siguiendo a Luis Razeto[[3]](#footnote-4) (1945), nos incita a poder mirar y pensar de otro modo:

La aparición en nuestros países de otros sectores de “economía informal”, organizados comunitariamente y suficientemente capacitados permite visualizar nuevos signos promisorios en estas nuevas modalidades de trabajo. Modalidades que no sólo recuperan las exigencias actuales del mercado de trabajo, sino que al incluir una gestión solidaria del trabajo recuperan valores que fueron largamente postergados por la concepción industrialista del trabajo. Esta recuperación sólo será posible si se invierten tres factores fundamentales de la acción humana como son el factor inteligencia, el factor gestión y el factor conducta. Factores que están en el centro de la nueva concepción del trabajo y también del hecho educativo.

Leamos al filósofo austríaco Andre Gorz[[4]](#footnote-5) (1923-2007), cuando hace referencia a este nuevo sistema laboral y su viabilidad:

El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) tiene muchísimos ejemplos en sus informes sobre esa forma de trabajo asociado. Cooperativas informales de autoproducción, en China, Japón, y sobre todo en los estados más pobres de India. Allí, se basan en la asociación cooperativa de habitantes de pueblos, contra el terrateniente y el usurero. La misma gente construye para sí misma: cañerías de agua, trabajos sanitarios, digestor de deshechos para hacer metano. El futuro de esas cooperativas es brillante, sobre todo porque la informatización permite conseguir a bajo precio talleres flexibles, máquinas-herramientas programables, que fabrican lo que se les pida que fabriquen, sin demasiados esfuerzos humanos. Simplemente con materia gris... la autoproducción con apoyo en las tecnologías avanzadas... puede cubrir el 70 u 80% de las necesidades de una población local con dos días de trabajo por semana. El material que estará disponible en diez años tendrá un rendimiento aún mayor.

Esta nueva forma de organización del trabajo deberá cambiar las reglas asociativas que la actual sociedad ofrece. El problema que aquí se presenta es el de la pérdida de eficiencia del sistema sindical. No es que éste deba desaparecer, seguirá cumpliendo su papel reivindicativo en los sectores del trabajo asalariado, pero nos hemos lanzado a pensar una posibilidad de resolver la desocupación, y esto está fuera del alcance de las formas institucionales de la sociedad industrial. En la medida en que las nuevas formas asociativas de trabajo vayan consolidándose se hará necesario pensar en una legislación que las abarque.

2.- *El futuro se está aproximando*

No estamos hablando de un futuro lejano, muchas de esas formas laborales existen ya hoy (fábricas recuperadas, cooperativas de trabajo, etc.)[[5]](#footnote-6). Mientras miremos hacia esas nuevas formas del trabajo como situaciones transitorias, hasta que se recupere el trabajo asalariado, no podremos ver la novedad que está ante nuestros ojos. Las incipientes organizaciones nuevas que no responden a los moldes del viejo paradigma no pueden ser miradas y pensadas desde las formas del viejo paradigma. El tiempo que ya se está instalando en el mundo laboral nos demanda una apertura y flexibilidad de pensamiento que pueda incorporar lo nuevo que se va formando en el seno de lo viejo, que comienza a anticipar bosquejos de la nueva sociedad.

Dentro del nuevo sistema ya no se hablará de trabajadores organizados por rama de la producción en sindicatos que los representen. La flexibilidad del trabajo, pero ahora entendida desde la defensa del trabajador, ofrecerá formas asociativas entre trabajadores que se reconocerán por habilidades y competencias productivas similares, que podrán organizarse de acuerdo a tareas comunes, o diferentes pero integradas. La *capacidad de gestión* producirá logros en los que se reconocerán los intereses comunes, que llevarán a tareas productivas “comunitarias”.

Estas nuevas organizaciones de trabajadores deberán prestar más atención a la particularidad regional, organizarse a partir de modos de producción integrados, dejando las ramas de la producción para lo que se mantenga dentro del sistema asalariado; deberán privilegiar la comunidad por sobre la rama específica de lo que se produce. Es que la comunidad les dará la fuerza y cohesión necesarias para enfrentar las dificultades que el mercado les interponga. Por otra parte, aunque cueste aceptarlo, los sindicatos actuales van perdiendo, cada vez más, su capacidad de representar y defender a los trabajadores, como lo demuestra el mundo industrial concentrado.

La crisis del trabajo asalariado arrastra en su caída la crisis del sistema de sindicatos, en los términos tradicionales del sistema industrialista. Debemos comprender que el *sindicato es la forma institucional* que corresponde al *paradigma industrialista*. Se corresponden y se suponen mutuamente, la crisis de uno lleva a la crisis del otro. Estos hechos deben ser asumidos como irreversibles, y esto no debe connotar el más mínimo escepticismo, sino la toma de conciencia de habitar un mundo sumido en profundas transformaciones, muchas de ellas no deseables pero muy difícil de combatir dentro del sistema actual.

Ante las inseguridades que presenta el nuevo sistema, olvidamos con demasiada facilidad la *esclavitud* para millones de hombres que ha representado el trabajo asalariado. Esa esclavitud también produjo que muchos murieran de hambre, de enfermedades generadas por el sistema industrial (las llamadas enfermedades profesionales, a las que hoy deberíamos agregar el estrés que se da en todos los niveles). Pero es que ambas cosas están estrechamente unidas. Las seguridades del magro salario tuvieron y tienen como contrapartida el hambre de otros.

El mantenimiento de un sector de la masa laboral desocupada fue una condición necesaria del funcionamiento del sistema. Mantenía de ese modo, por la sobreoferta de mano de obra, las remuneraciones en el punto más bajo posible. De esto tenemos hoy sobrados ejemplos. Las nuevas tecnologías, al obligarnos a superar el esquema del trabajo industrialista, por el desplazamiento cada vez mayor de trabajadores hacia la exclusión, nos imponen la necesidad de pensar un posible mundo nuevo, en parte ya en marcha. Frente a ese nuevo panorama que arrastra las condiciones heredadas, hay cuestiones que debemos plantearnos, sin las cuales se presenta como evidente su imposibilidad histórica.

Seibold hablaba de tres factores, *inteligencia, gestión y conducta*, y la comprensión de estos tres factores, articulados de un modo creativo, es la condición necesaria para un futuro diferente. Pero, para que ello sea posible, también se nos impone la necesidad de pensar la reestructuración del sistema educativo y la importancia de la participación de trabajadores (o ex-trabajadores) en la discusión e implementación de él. Adquiere, de este modo, una perspectiva mucho más amplia la difícil tarea de pensar cómo educar a los hombres para este nuevo paradigma.

El sistema, ahora, deberá ser la superación de la respuesta inmediata a las demandas del mercado laboral tradicional, en los términos de la *producción industrialista*. Deberá plantearse la formación de *futuros hombres y mujeres libres*, *solidarios, creativos y capaces de asumir la autogestión*. Estamos inmersos en una discusión de los *por qué* de la transformación educativa, dice Seibold, pero están faltando los *para qué*, y es allí donde empiezan a aparecer los términos del verdadero debate.

Se presenta, entonces, qué comunidad pretendemos para poder definir el tipo de ciudadano a formar: una comunidad afirmada en sus raíces (la importancia de la tradición), que defina su identidad democrática (una comunidad de diálogo), dentro del respeto de las pluralidades en el reconocimiento del *otro* como distinto. Capaz de pensar la producción de bienes en orden a satisfacer las necesidades, que no puede dejar de lado la necesidad de la *renta justa*, pero ésta se debe definir en forma comunitaria, democráticamente, y dispuesta a no aceptar pasivamente el *deseo impuesto* por vía de la publicidad. Y, finalmente, orientada a la integración y la equidad social. Toda esta nueva situación lo lleva a Vicente Santuc Laborde[[6]](#footnote-7) (1936) a decir:

Si no estuviéramos tan enquistados en ciertas maneras de pensar ni tan obsesionados por los callejones sin salida en los cuales ellas nos encierran, encontraríamos este hecho lleno de grandeza. Pero, lo que es grave es que nos crispamos sobre maneras de pensar venidas de ayer y demasiado estrechas para permitirnos responder a las preguntas que tenemos en manos.

Si el cambio de las modalidades de las relaciones laborales dependiera de la voluntad mayoritaria, es muy probable que se hubiera impedido. Es entendible: el temor ante la posibilidad de correr la aventura de enfrentar un mundo desconocido hubiera intentado detener el tiempo. Pero el cambio se produjo y no nos consultaron, llegó subrepticiamente sin que nos diéramos cuenta y se instaló para quedarse. Entonces, lo que nos obliga a pensar hacia adelante, es la imposibilidad de revertir la dirección del cambio, dado que su sólo intento nos arrastraría a morir bajo las ruedas de la historia. Pero podemos *moderar y humanizar* su rumbo y ponerlo al servicio de una nueva comunidad. Es precisamente aquí, en estas nuevas formas institucionales, nacidas en el seno de las comunidades, donde ve Jeremy Rifkin[[7]](#footnote-8) (1945) el comienzo de un sistema institucional superador:

Las organizaciones basadas en la comunidad actuarán cada vez más como árbitros y defensores del pueblo frente a las fuerzas mayores del gobierno y el mercado, como defensores y agentes a favor de reformas políticas y sociales. Las organizaciones del tercer sector asumirán probablemente la tarea de proporcionar cada vez más servicios básicos, a raíz de los recortes de ayudas gubernamentales y asistencia a personas y vecindarios con necesidades. La globalización del sector mercado y la disminución del papel del gobierno tendrán como consecuencia que las personas se vean forzadas a organizarse en comunidades que defiendan intereses comunes para garantizar su propio futuro.

Creo que convendría recordar que Rifkin está hablando de la experiencia del medio oeste estadounidense, pero otro tanto podría decirse de Argentina y de toda América. Con ello queda respondida la pretensión del Doctor Francis Fukuyama[[8]](#footnote-9) (1952) de que *la historia está terminada* y de que *las ideologías han muerto*. Estas ideas no son compartidas por todos los intelectuales del norte, algunos de ellos han polemizado con él, en la búsqueda de una salida a los inconvenientes que este principio de siglo nos está mostrando, cada vez más agudizadas, dentro del sistema capitalista. Es necesario no dejarnos entrampar en el escepticismo que pretenden trasmitirnos. Por ello es necesario lanzar el pensamiento tras ese nuevo mundo posible que está atrás del horizonte futuro, y que las colinas de nuestros prejuicios impiden que veamos. La esperanza es nuestra mejor y más fiel aliada.

La idea de poner la mirada en las nuevas formas institucionales, que la misma comunidad va estructurando, mencionadas por Luis Razeto en experiencias realizadas en toda América Latina, nos da un panorama mucho más amplio. Es necesario decir que mientras una parte importante de las vidas cotidianas están atadas a las experiencias de las urbes, medianas o grandes, percibir este cambio que se está gestando se hace más difícil. Los pueblos que están más cerca de su pasado cultural latinoamericano han podido desarrollar formas de estructuras institucionales novedosas, apoyadas en las viejas experiencias comunitarias, adaptándolas a tiempos de mercado y relaciones mercantiles en lo social.

3.- *Las experiencias del mundo desarrollado*

Esto pone de manifiesto que la “historia no está terminada” y que el genio humano encuentra siempre respuestas novedosas, ante los cambios que se imponen. La libertad, la creatividad que ella nos permite y la voluntad de los hombres han logrado torcer lo que parecía, en algunos momentos históricos, caminos irreductibles. Hoy estas novedades institucionales pueden ser observadas en las muchas comunidades que se han propuesto resolver lo que los poderosos no atienden. Las soluciones son diversas, presentadas en diferentes modos, que proponen resolver la cantidad de problemas sociales en aumento que el Estado de la sociedad globalizada ha decidido no asumir.

Las menciones que hace Gorz del informe sobre Desarrollo Humano de la PNUD se manifiestan en nuestro continente con otros ejemplos. Si se pretende encontrar formas institucionales nuevas, ya en pleno desarrollo y en perfecto funcionamiento, no las vamos a hallar. Este modo de mirar va a impedir encontrar en las *semillas* de lo nuevo anuncios liberadores de formas de trabajo social.

Estas formas institucionales requieren de un hombre comunitario que la vida de las urbes y sus zonas marginales no facilitan. No debe el pensamiento desentenderse de la implacable campaña consumista de los medios de comunicación, cuando se intenta avanzar en este terreno. Esas campañas tienen un efecto desbastador en las conciencias: prometen un mundo de consumo que el propio mercado impide cumplir, por la falta de poder adquisitivo y el deterioro de las condiciones de trabajo que impone. Esta seducción da lugar a frustraciones que empujan, en no pocos casos, hacia el delito, el alcohol, la droga o la pelea salvaje entre pobres. Sin embargo la solidaridad se presenta a pesar de todo.

Puede decirse, y este es un argumento que se ha utilizado contra la posibilidad de pensar las formas comunitarias de resolución de las necesidades sociales, que esos intentos han fracasado por acción de aquellos mismos a quienes estaban dirigidas. En muchas ocasiones son los mismos pobres los que frustran los nuevos intentos robando, destrozando, inutilizando los proyectos iniciados. Esto no puede negarse y es un resultado del deterioro de las conciencias que el salvajismo actual produce. También se sostiene en contra de estos proyectos, que no va a haber posibilidades reales en tanto no se consiga financiación externa (tanto provincial, nacional como internacional) para la implementación de esos proyectos comunitarios, o que para estas ideas no hay sensibilidad hoy.

Creo que ambas cosas pecan de pesimismo inmediatista. Los proyectos de PNUD demuestran que financiación hay, que no es sencillo conseguirla, es cierto, pero que vías existen. Por otra parte el argumento de la falta de sensibilidad de los ricos no tiene en cuenta que, la imposibilidad de resolver el conflicto social, obliga a prestar atención sobre la estabilidad del sistema: lo que la politología ha denominado *gobernabilidad*.

El interés de los mismos detentadores del poder, en la preservación de las ventajas históricamente adquiridas, los empujará a prestar atención, en algún tiempo futuro, sobre una conflictividad que a no largo plazo desestabilizará el sistema (el avance de la inseguridad social actual en ese "primer mundo" será un argumento posible). Es la preservación de sus intereses lo que los obligará, llegado el momento, a sentarse en una mesa a repensar, y negociar, caminos posibles de continuidad. Esto apunta a señalar un fenómeno no debidamente apreciado del mundo globalizado de hoy. El Foro de Davos 2016 ha planteado el problema de la desocupación y la pobreza: no debe ser por mero altruismo.

Un exitismo ingenuo, o malintencionado, impide ver la conflictividad que se va acumulando por debajo de este proceso globalizatorio. Algunas cosas ya fueron dichas, pero es necesario abundar un poco, por las miopías que abundan en este terreno. No podemos dejar de observar que una prédica machacona, a través de los medios de comunicación, intenta convencernos de las bondades del mundo actual. Quiero hacerme eco de las palabras del Doctor Pedro Luis Barcia[[9]](#footnote-10) (1939) sobre el particular:

Hay que distinguir en esto de la globalización dos cosas. Una es la prédica y profecía de la globalización a la que presentan como algo inevitable, que viene dándose inconteniblemente. Conclusión: para qué luchar contra la corriente, subamos lo antes posible al tren y participemos de la fiesta que otros organizaron y del viaje que no programamos, pero sí facilitamos. El presentar una tendencia, que es real, como ineludible es una falacia, primero; segundo, es una apelación a un determinismo contra el que debe alzarse toda libertad sana, y tercero, una prédica de fatalismo sin salida.

Contra estas posturas facilitadoras de la globalización, en los términos en que hoy está propuesta, se alza la voz de un intelectual francés, Alain Touraine[[10]](#footnote-11) (1925), quien nos advierte que, por debajo de esta simplificación de un proceso que arrasa con pretensiones de un igualitarismo achatante, al servicio de los intereses estadounidenses, se está gestando una rebeldía étnica, religiosa, cultural que dará por tierra con esas pretensiones. La incorporación a nuestro pensamiento de la *complejidad* del fenómeno en que estamos inmersos, de las múltiples variables en juego, de la posibilidad de crear, dentro del mismo marco, modos propios de transitarlo, nos permitirá una libertad de ideas, acompañada por una mayor creatividad para avanzar en esta problemática.

Si esto es comprendido y aceptado, la misma conflictividad que genera el proceso que no está en condiciones de resolver, va a obligar a aceptar algunos canales de diálogo respecto de cómo puede ser resuelta. Los nubarrones actuales presentan un cielo de tormentas, tal vez podamos recurrir, para alimentar la esperanza, al viejo dicho: *siempre que llovió paró*. Aparece entonces para el tiempo de la transición un actor insospechado hasta ahora en este diálogo, aquel que pretende preservar, aunque más no sea en parte, los privilegios obtenidos.

El conflicto social, hoy todavía subyacente, es de una dinámica tal que puede mostrarse de modo inmanejable en poco tiempo. Cuando la conflictividad, detectada hoy como manifestación marginal no peligrosa para la preservación del sistema, comience a mostrar su peligrosidad, su presencia obligará a apelar a todos los recursos posibles para resolverla. En ese momento encontraremos dialogantes insospechados hoy. Que esto ya está sucediendo lo demuestra la recurrencia con la cual estos temas aparecen en las preocupaciones de los académicos de los países centrales. Lester Thurow[[11]](#footnote-12) (1938) y Jeremy Rifkin[[12]](#footnote-13) (1945) son buenos ejemplos de ello.

No estoy hablando de hipótesis de conflicto a futuro, estoy hablando del desarrollo de problemas en curso y que afectan a la totalidad del sistema. La misma movilidad que produce la globalización facilita tanto las comunicaciones como el traslado de gente de las zonas marginales hacia las centrales. Tanto los EE.UU. como Europa, tal vez en mayor medida Alemania, son ya el escenario de inmigraciones importantes que introducen el problema en el corazón mismo del sistema. Por lo tanto, lo que puede aparecer ante la mirada ingenua como sólo una idea utópica tiene una presencia real en el plano socio-político.

Me estoy refiriendo a la necesidad del diálogo de las formas capitalistas neoliberales, expresadas en el modelo del libre mercado, con formas sociales de instituciones comunitarias para encontrar espacios de interrelación, diálogo y debate de propuestas. Las referencias hechas antes a las investigaciones del chileno Luis Razeto caminan en esta dirección. América Latina va mostrando, incipientemente pero con cierta contundencia, la consolidación de prácticas sociales, económicas y políticas que anidan en una cultura enraizada en las tradiciones comunitarias originarias, en las que convergen formas de las culturas autóctonas con la tradición judeo-cristiana. Sobre ellas se construyen formas institucionales que intentan resolver las dificultades por caminos nuevos. Dice Juan Carlos Scannone[[13]](#footnote-14) (1931):

Aún más, los nuevos modos de participación en el poder, de protagonismo de las bases, de ejercicio de la autoridad, hasta de autogestión, que en dichas formas institucionales “micro” se están dando, van creando una tal subjetividad en el pueblo que luego podrá ser transferible al orden “macro” y a la mediación de instituciones políticas democráticas nuevas, ya no sólo representativas –al modo liberal − sino realmente participativas y solidarias y, por consiguiente, más genuinamente democráticas.

El tono de las palabras de este autor muestra lo afirmativo del proceso, no habla de posibilidades, hace referencia a un proceso en marcha, que se está consolidando. Es necesario señalar que nuestra práctica social y nuestro ámbito más importante de observación se dan en el marco de las urbes medianas o grandes. En ellas es observable una práctica social despiadada ante clases medias y altas que se desentienden de la problemática e ignoran los hechos que enfrenta al pobre con el pobre. Esa lucha se expresa en los medios de comunicación como hechos de la delincuencia, que es mostrada impiadosamente, colocando en un primer plano aquello que es *noticia*, olvidando o negando el conflicto social, su injusticia como causa de este proceso; esto no encuentra cabida en la *prensa*, por la índole misma del *interés periodístico*.

También debe comprenderse que es el salvajismo del sistema el que hoy produce un gran deterioro de las mejores motivaciones del hombre. Incentiva a través de la droga, el alcohol, el erotismo, la incitación al consumo, etc., las pasiones más animales, proceso que padecen, en mayor medida, las zonas marginales de la ciudad, aunque no solamente allí.

4.- *El modelo comunitario como horizonte*

Pero esto no debe impedirnos ver que, a pesar de ello, en formas sociales en las que la relación personal cara-a-cara está más preservada, como las pequeñas ciudades y pueblos del interior, como así también en el seno mismo de los barrios y de las zonas marginales de las grandes urbes, lo descrito anteriormente se va desarrollando, marcando así nuevos caminos. De aquí puede extraerse, entonces, que la presencia de una práctica social más solidaria vaya acumulando las experiencias que Scannone señala, y que estas experiencias se están consolidando. Se comienza, entonces, a vislumbrar formas institucionales nuevas, un polo social distinto apto para el diálogo antes propuesto. Este no será un camino sencillo ni inmediato, ni será facilitado. Muchas ideas preconcebidas actuarán como fuerte prejuicio, crearán desconfianzas, pondrán obstáculos, descreerán en las bondades del diálogo. Por ello este autor avanza en la misma página diciendo:

Con todo, esto no basta, sino que será necesaria la continuación de la lucha por la justicia así como la alianza con los sectores del sistema que quieren reformarlo en dirección hacia lo más social, participativo y democrático en lo económico, social, político y cultural. Por último dicha lucha se servirá también del mismo genuino interés de sus adversarios, en cuanto a éstos, aun por propio interés (económico, político y/o social), a la larga les conviene que... la realidad no se “vengue” dialécticamente en modo de explosión o de implosión. Además, si se quiere preservar las formas democráticas, la propia conveniencia electoralista hará que se intente tener más cuidado de lo social.

En la descripción de lo que está ocurriendo apela al más crudo realismo. No habla de buenas intenciones, lo que lo colocaría bajo la sospecha de un idealismo romántico. Mira el proceso con actitud crítica pero esperanzadora. Se apoya en una visión antropológica cristiana realista y sopesa las posibilidades más ciertas. Esto no quiere decir que los riesgos no existan. Por eso habla de la posibilidad de una explosión o implosión del sistema por desatender las advertencias que anticipa el conflicto.

Por otra parte, espera de los mismos dirigentes políticos, económicos y sociales, que ellos atiendan el reclamo social aun prestando atención a sus propios intereses, o sumergidos en las estrategias de los poderosos, para preservar el funcionamiento del sistema democrático. Todo esto se va presentando como una demanda dispersa o como planteo institucional, con propuestas de soluciones alternativas. Es significativo, por otra parte, advertir el callejón sin salida en que está metida la propuesta globalizadora en su faz consumista. La publicitación de un solo modelo de vida, el estadounidense, con la mostración de un consumo ostentoso y superfluo, no va acompañada por el acceso a las posibilidades de dicho nivel de consumo. Por el contrario, ya hemos visto más arriba, que la exclusión avanza dejando fuera del sistema a cantidades muy grandes de gente. *Ofrecer* ese consumo y no *permitirlo* se está convirtiendo en un juego peligroso que agrava la conflictividad.

La cultura del consumo ataca las raíces de nuestro sistema de valores tradicionales, sobre los cuales se ha construido gran parte del *ethos* latinoamericano. Pero no los sustituye por valores alternativos. La propuesta de la cultura del consumo se agota en el propio acto de consumir y deja un vacío existencial abismal, en el que se agota desesperadamente el sentido de la vida. Los valores encuentran como alternativa la *anomia,* (faltas de normas) y es ésta la que guía la conducta de muchos sectores juveniles.

Esta anomia encuentra un camino sin sentido, sin objetivos y sin esperanza: clima cultural en el que crece la violencia, la delincuencia, el erotismo, la droga y el alcohol. Pero un sistema que se sostenga en esa combinación explosiva está atentando contra sus mismos cimientos. El consumo es la propuesta de la lógica del funcionamiento del mercado libre, sometido a una dinámica productiva que requiere colocar las mercancías producidas. La carencia de normas éticas que conlleva este funcionamiento, dentro del marco de total libertad exigido por su filosofía, lo convierte en una caldera generadora de presiones descontroladas, que ejercen su efecto sobre las relaciones sociales y la cultura que las sostiene.

Esta falta de normas éticas, postuladas como una consecuencia necesaria de la libertad exigida, lleva a que cada cual se atenga a sus propias síntesis valorativas, sin la menor exigencia de una mínima coherencia interna. El clima relativista, que no defiende ningún código como preferible y que acepta a toda síntesis de valores como válida, nos sumerge en un caos de valores de convivencia que encuentra en las consecuencias sociales actuales su mejor expresión. Esta situación también va exigir ser tratada dentro del diálogo institucional del que se hablaba y en la nueva educación necesaria, puesto que no va a poder encontrar solución por los carriles convencionales actuales. Dentro de las formas institucionales mencionadas también encontrarán un papel social y cultural importante los medios de comunicación alternativos, que deberán contrarrestar la prédica de los valores que propone la publicidad de los grandes medios, sometidos a la lógica del mercado libre.

La imposibilidad de satisfacer la oferta de consumo, a que se ven sometidos los más diversos públicos, también tiene sus consecuencias negativas en los sectores medios y altos de la sociedad. Ya sea que se logre acceder total o parcialmente al consumo propuesto, la insatisfacción existencial que éste produce arroja a un vacío infinito el camino de su persecución. La satisfacción del consumo no logra completar la expectativa humana de acceso a una vida más feliz. Si lo lograra diríamos que el problema radica sólo en el excluido del consumo. Pero su propuesta es pobre porque no tiene en cuenta la radicalidad de la vida humana. Ésta no se satisface consumiendo, por el contrario, se plenifica en la realización de su propia esencia, en la permanente creatividad de formas de vida cada vez más humana. El impulso último de la vida se asienta en la posibilidad de construir futuros más solidarios, más equitativos, más comunitarios.

Cuando sostengo que una sana antropología filosófica es necesaria, es porque ella puede decirnos que el proceso de la *humanización* no está terminado. Que aquello que comenzó hace más de un millón de años se encuentra en curso de realización: hoy, la etapa que nos toca desarrollar, es la de la espiritualización de la especie[[14]](#footnote-15). Esto no es sólo un enunciado principista, puede verse en los caminos que se van delineando por debajo de la superficie de los acontecimientos. También se manifiesta en la importancia que ha adquirido la defensa de los Derechos Humanos, que se enriquecen con la defensa de los derechos de la mujer, del anciano y del niño, en todo el ámbito de la sociedad continental y universal.

Estos derechos sintetizan el concepto que los hombres y mujeres de hoy expresan sobre la necesidad de logros sociales, pero también en la defensa y conquista de mejores condiciones para la *vida digna*. Tal vez sea esta manifestación, unánimemente sentida, la expresión más clara del futuro que los hombres anhelan. Y está claro que el consumo es necesario para la vida, pero el consumismo, como modo de vida, es un instrumento fundamental que atenta contra la posibilidad de una vida más humana, es decir, más espiritual.

Entonces, no está muy alejada del sentir mayoritario la aceptación de que la cultura del consumismo distorsiona el horizonte, al que se encamina la mayoría de los hombres y mujeres del mundo hoy, a pesar de que no haya una conciencia precisa de ello. La cultura del consumismo sólo logra distraer a ciertos sectores sociales en su búsqueda, pero no logra suplantar los valores más profundos y duraderos de la esencia humana. Dice Raúl González Fabre[[15]](#footnote-16) sobre el consumismo:

Sea lo que fuere de ese proyecto, lo cierto es que su insuficiencia antropológica radical deja siempre el espacio abierto a otros más capaces de hacer justicia a la realidad. Ya porque predominen sus efectos perversos y crezca la pobreza en el Continente, ya porque tenga éxito y a continuación se experimenten los límites de lo que puede ofrecer, *siempre será preciso que las organizaciones populares sigan buscando maneras de construir a la gente en sujeto creador de vida buena*.

Las características democráticas, humanas, participativas, dialogales de las organizaciones populares muestran una clara superioridad respecto de las que hemos heredados de las formas de la democracia liberal. Ofrecen un marco más humano de relaciones sociales dentro de las cuales, el aprendizaje que las prácticas sociales compartidas van desarrollando, logran instituir así modos nuevos de convivencia. Los viejos problemas encontrarán soluciones nuevas, impensadas para los viejos marcos institucionales de la tradición liberal. Esta tradición ha aportado muchos valores que están ya incorporados a la conciencia comunitaria. Pero, al mismo tiempo, por el exceso de prácticas individualistas, por los acentos colocados en el cultivo de la individualidad en desmedro de lo compartido (válidos para los siglos XVIII-XIX frente a la monarquía absoluta, pero hoy carentes de sentido) han generado prácticas que atentan contra la conciencia solidaria. En este sentido su superación es, al mismo tiempo, una conservación. Gran parte de la diferencia radicará en el carácter del miembro que compone una y otra, y en la diferente concepción antropológica en la que se asientan.

En las viejas instituciones liberales se encuentran representados los individuos, en su carácter de átomo social, de *mónada autónoma*,que va en busca de la satisfacción de sus intereses particulares. En las instituciones populares, en cambio, el *hombre comunitario* mostrará caminos para la solución compartida del conflicto. No es el individuo sino el miembro de la comunidad el que se sienta a dialogar. La toma de conciencia de que no hay posibilidad de encontrar soluciones individuales, a los problemas sociales, acentuará el valor de estas segundas instituciones.

Por lo tanto, a primera vista, aparece como un impedimento en el desarrollo de formas cooperativas de relaciones sociales, la existencia de un individualismo exacerbado. Pero su fracaso y las consecuencias de empobrecimiento espiritual que su práctica actual ha mostrado abren, por ello mismo, el camino a intentar resolver imaginativamente esa situación en estructuras colectivas. La imposibilidad en la consecución de un camino obliga a pensar caminos alternativos. Lo contrario es entregarse al escepticismo suicida, que es también la consecuencia de la búsqueda individual de soluciones.

El consumismo como valor es el impulso a satisfacer todos los deseos *ya*. Esto ya lo advirtió el sociólogo Daniel Bell[[16]](#footnote-17) (1919-2001). Pero es necesario no entramparnos en las palabras *consumo* y *deseo*. Ambas hacen referencia a mecanismos humanos naturales. No se puede pensar la vida sin *consumo* de lo vital ni eliminar el *deseo* de satisfacer esas necesidades. El problema radica en la incentivación de deseos tras el consumo de mercancías superfluas, impulsado por una publicidad al servicio de un capitalismo desenfrenado. Los centros académicos estadounidenses han producido un amplio campo de estudios sobre ese tipo de manipulaciones.

Cabe agregar, como muestra de la hipocresía de cierta prédica, que el consumo del mundo noratlántico no puede ser universalizado porque el planeta Tierra no lo puede resistir, caminaría a la eliminación de la vida. Como un simple ejemplo, si el resto de la población del mundo consumiera la cantidad de papel que consume el habitante promedio de los EE.UU. el planeta se quedaría sin bosques en diez años, y otro tanto sucedería con la cantidad de automóviles por habitante; la atmósfera no resistiría semejante contaminación.

Esta necesidad de avanzar en la tarea educativa no sólo debe ser pensada para la gente de menores recursos, lo es igual para aquellos que, con medios a su alcance, necesitan poder comprender la *animalización* que contiene un proyecto humano que desata los deseos incontrolados. Gran parte del aparato publicitario está al servicio de ese consumismo, que debemos entender entonces como la perversión de la necesidad. En este terreno la tarea educativa cobra una importancia fundamental. Tarea que no reditúa en lo inmediato, pero que abre caminos de solución hacia el mediano plazo. Y aquí también aparece con más claridad el papel de los medios de comunicación al servicio de los proyectos comunitarios[[17]](#footnote-18).

5.- *Reflexiones finales*

Debo decir que no se me escapan las dificultades que los planteos desarrollados en estas páginas presentan. Tienen en su contra siglos de liberalismo de soberbia ilustrada, de la seducción de los modelos burgueses, publicitados con mucha eficiencia por los países centrales, especialmente los Estados Unidos.

El sistema educativo institucional reproduce todo esto con un nivel de inconsciencia demoledor. Las convicciones que se van acumulando, por la prédica machacona de los medios concentrados, echan profundas raíces en la conciencia colectiva.

Sin embargo, las consecuencias del fracaso de las promesas del proyecto globalizador, cuyas consecuencias arrojan un balance despiadado sobre los sectores desfavorecidos de este sistema, van abriendo grietas en el discurso dominante, ante la comprobación de las distancias que se van haciendo claras entre lo prometido y lo ofrecido. Ni siquiera el llamado Primer mundo se salva hoy de los avances de pobrezas y miserias en aumento. Todo ello va a ir obligando a buscar las posibilidades de propuestas alternativas. Obligarán a prestar atención sobre la cantidad de experiencias en desarrollo que van mostrando la superioridad de proyectos de contenidos más humanos.

Para ello debemos insistir en modificar los paradigmas dominantes que enceguecen la mirada y la comprensión de las muchas ventajas que ofrecen los modelos comunitarios. Ellos no tiene hoy, todavía, una capacidad de hacerse ver: todo el sistema de medios los ignora. Pero ello no significa que no están desarrollando y mejorando sus modos de producción, sus modelos institucionales, y sus relaciones sociales: en una palabra un nuevo modelo cultural. El futuro posible ya se está construyendo en la periferia, alejados de los focos iluminadores del exitismo burgués. Son experiencias ignoradas pero existentes y prometedoras.

1. Escritor y futurólogo estadounidense, Doctorado en Letras, Leyes y Ciencia, conocido por sus debates acerca de la revolución digital, la revolución de las comunicaciones y la singularidad tecnológica. [↑](#footnote-ref-2)
2. Director del Programa de Doctorado en Filosofía de la Facultad de Filosofía (área San Miguel) de la Universidad del Salvador; además es director del Centro de Reflexión y Acción Educativa (CRAE) perteneciente al Centro de Investigación y Acción Social (CIAS) de Buenos Aires, Argentina. [↑](#footnote-ref-3)
3. Luis Razeto, Profesor de Filosofía, Licenciado en Filosofía y Educación, y Magister en Sociología. *Economía de solidaridad y mercado democrático*, PET, Chile, 1984 y *Economías de solidaridad*, PET, Chile, 1990. [↑](#footnote-ref-4)
4. Comparte con Herbert Marcuse, la Escuela de Fráncfort donde las diferentes generaciones de autores (Max Horkheimer, Theodor W. Adorno, Jürgen Habermas) constituyeron la otra gran influencia sobre su pensamiento. [↑](#footnote-ref-5)
5. Se puede consultar Michael Albert, “Autogestión en Argentina”, ZNet; Sábado 5-11-2005; Jorge Devincenzi, “Eso llamado economía social”, IAR-Noticias – www. Rebelión.org - 15-03-2005. [↑](#footnote-ref-6)
6. Investigador francés, Licenciado en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y Doctor por la Escuela de Altos Estudios de París. [↑](#footnote-ref-7)
7. Sociólogo, economista, escritor, orador, asesor político y activista estadounidense; investiga el impacto de los cambios científicos y tecnológicos en la economía, la fuerza de trabajo, la sociedad y el medio ambiente. [↑](#footnote-ref-8)
8. Influyente politólogo estadounidense de origen japonés; ha escrito sobre una variedad de temas en el área de desarrollo y política internacional. Su libro más famoso fue “El fin de la historia y el último hombre”. [↑](#footnote-ref-9)
9. Doctor en Letras, lingüista, investigador universitario y profesor argentino. Actualmente es el presidente de la Academia Nacional de Educación y expresidente de la Academia Argentina de Letras. [↑](#footnote-ref-10)
10. Sociólogo francés. Sus principales investigaciones tratan sobre la sociedad post-industrial y los movimientos sociales. Se licenció en la École Normale Supérieure de París. Realizó estudios en las universidades de Columbia, Chicago y Harvard; y fue investigador del Consejo Nacional de Investigación de Francia. [↑](#footnote-ref-11)
11. Se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de Harvard. Ha sido colaborador de numerosas publicaciones periódicas. Actualmente es Decano de la Sloan Business School. Se le considera como uno de los economistas más destacados de la actualidad. [↑](#footnote-ref-12)
12. Sociólogo, economista, escritor, orador, asesor político y activista estadounidense. Investiga el impacto de los cambios científicos y tecnológicos en la economía, la fuerza de trabajo, la sociedad y el medio ambiente. Uno de sus libros de más éxito y reconocimiento es El fin del trabajo [↑](#footnote-ref-13)
13. Filósofo y teólogo, docente universitario argentino. Es uno de los principales referentes de la escuela argentina de la Teología del pueblo, rama autónoma de la Teología de la liberación. Los principios de la teología del pueblo articulan el cristianismo con una visión no paternalista de la opción por los pobres. [↑](#footnote-ref-14)
14. Consultar de Chardin, Teilhard,  *El fenómeno humano*, Ediciones Orbis, 1984, Partes III y IV. [↑](#footnote-ref-15)
15. Ingeniero civil por la UCAB (Caracas), ingeniero industrial por la UNED (Madrid) y doctor en Filosofía por la Universidad Simón Bolívar (Caracas). Profesor en Venezuela, Estados Unidos y España; enseña Ética económica (Business, Marketing, Finanzas) en la Universidad Pontificia Comillas. [↑](#footnote-ref-16)
16. Sociólogo y profesor emérito de la Universidad de Harvard, miembro residente de la Academia Estadounidense de las Artes y las Ciencias [↑](#footnote-ref-17)
17. Consultar mi trabajo *Los medios de comunicación en un mundo globalizado,* <http://ricardovicentelopez.com.ar/wp-content/uploads/2015/03/Los-medios-de-comunicacion-en-el-mundo-global-I.pdf>, también las partes II al VI. [↑](#footnote-ref-18)